

Antonio Machado –y Juan de Mairena– en la guerra

MATÍAS ESCALERA CORDERO
I.E.S. Atenea, Alcalá de Henares

Tomadas las derivas vitales e intelectuales de la mayoría de sus compañeros de generación frente al hecho traumático del alzamiento militar de 1936 y a sus devastadoras consecuencias, marcadas –las más– por el estupor, por el distanciado aislamiento y el individualismo extremo –o por vaivenes pendulares tan difícilmente explicables–, la trayectoria vital e intelectual de Antonio Machado deviene aún más extraordinaria y señera, por su coherencia, por la apertura mental que entraña, por su disposición al cambio y su generosidad... Pensemos, por ejemplo, en la errática y «agónica» posición de su admirado amigo don Miguel de Unamuno, o en el temeroso y tibio «alejamiento» de Pío Baroja –o de Azorín– (no digamos los casos de Ortega o de Marañón), y comprenderemos mejor el valor intrínseco del compromiso público, intelectual y personal de Antonio Machado con su pueblo –con los «otros prójimos»: que diría el maestro Mairena–, en aquellos momentos tan concluyentes para la historia particular de España y para la historia general de Europa y del mundo entero –tal como él mismo anticipa en muchos de sus artículos, y en sus declaraciones públicas–. No cabe duda, «es más difícil estar a la altura de las circunstancias que *au dessus de la mêlée*» –Mairena *dixit* (LXIV, vi)–. Más fácil y menos peligroso, claro, estar por encima de la refriega; tan seguros –dentro de los bien defendidos *castillos interiores*, o al otro lado de la frontera–; tan afianzados en la propia *superioridad* y tan incontaminados; aislados –por completo– de los acontecimientos y de la vida colectiva; tan alejados –en suma– del doloroso y problemático despliegue de lo real (que diría –acaso, también– el maestro Mairena).

A continuación, aunque sea brevemente –y sólo en una mínima parte–, vamos a seguir ese despliegue problemático –y aparentemente caótico– de lo real, a través de la mirada y de las palabras, de las ideas, de las afirmaciones y de las intuiciones –a menudo, paradójicas, siempre comprometidas, y a las veces zumbonas– que urgieron la respuesta de Antonio Machado al hecho mismo de la guerra, y a sus múltiples significados políticos, simbólicos, racionales o pura,mos– de su maestro Mairena (su más íntimo heterónimo) especialmente –aunque no exclusivamente– en la serie de los veinte artículos publicados en la revista *Hora de España* durante los años 1937 y 1938; por tres razones: una, porque estos veinte artículos se entroncan –están emparentados aún– de un modo digamos *natural* con el perfil *idio-*

sincrásico –y estilístico– del Mairena de «antes de la guerra», marcado por esa especie de burlona «asistematicidad» populista y socrática, en la que los más chocantes postulados acerca de la realidad de los objetos del mundo, del incontestable flujo de la vida y de las ideas, o de la verdadera cultura y del verdadero saber –el del auténtico folclore–, van y vienen, atraviesan y salpican –con insistencia cíclica– cada uno de los fragmentos; y, aunque –como señala, en el prólogo de su edición, Antonio Fernández Ferrer¹– la forma «dialogal» del primer Mairena (aunque, de ningún modo, su naturaleza substancialmente *dialógica*) se pierde progresivamente en el Mairena de la guerra, éste gana en «explicitud»² y compromiso ideológico.

No obstante, en ellos –y ésta es otra razón que interesa no perder de vista–, esas nuevas exigencias de su compromiso público –aceptadas como el pago de un *alto deber ético*, sin reticencia alguna, por el propio poeta– quedan contrapesadas –y atemperadas, *artísticamente*– por la indudable (auto)exigencia literaria e intelectual que el prestigio de la revista ejerce sobre el propio Machado. Gobernada y engrosada, como está, por los más notables «jóvenes poetas» –para quienes él mismo se ha convertido no sólo en valedor, sino en insignia y faro–; y vehículo de expresión de algunos de los más destacados intelectuales de la República, *Hora de España* no es una tribuna popular ni un espacio de agitación propagandística, en sus páginas el «viejo poeta» encuentra un canal «literario y artístico» más *natural* y más *conforme* –menos excepcional– con lo que ha sido su biografía y su trayectoria creativa.

Además, estos artículos comprenden un periodo –de enero de 1937 a noviembre de 1938– en que aún no está decidida –del todo– la contienda, y ni el poeta ni su criatura se han instalado en la fatal melancolía de la derrota –soslayada y rechazada, hasta la evidencia–, aunque se presenta³.

Guerra e iluminación

En las épocas de guerra hay poco tiempo para pensar. Pero las pocas cosas que pensamos se tiñen de un matiz muy parecido al de la verdad. Por ejemplo: Lo más terrible de la guerra es que, desde ella, se ve la paz que se ha perdido, como algo más terrible todavía. Cuando el guerrero lleva este pensamiento entre ceja y ceja, su semblante adquiere una cierta expresión de santidad (LXIV, ix).

Para Machado –y para su maestro Mairena–, la guerra no es terrible por ser guerra, esto es, devastación y destrucción a escala inhumanas, sino por lo que nos enseña, por la indigna ruina y la desolación –anteriores a la propia guerra– que nos ilumina y nos descubre (atónitos aún por lo que esto verdaderamente significa). La paz (más terrible que la guerra misma: esto no ha sido

¹ A. Machado, *Juan de Mairena II (1936-1938)*. A. Fernández Ferrer (ed.), Madrid, Cátedra, 1998, p. 41. Todas las citas textuales de los artículos, salvo que se indique otra cosa, proceden de dicha edición, que sigue, por lo demás, la numeración tradicionalmente establecida para la serie entera de Juan de Mairena.

² No habría más que comprobar la tímida alusión indirecta sobre la falta de previsión política en la intentona revolucionaria de Asturias (Juan de Mairena III, 1); en contraste con el tono explícito e incluso violento e iracundo que vendrá después: Véase A. Machado, *La Guerra. Escritos: 1936-1939*, J. Rodríguez Puértolas y G. Pérez Herrero (eds.), Madrid, Emiliano Escolar Editor, 1983, pp. 23 y ss.

³ En los últimos de la serie, escritos ya en Barcelona, se barrunta el fin inevitable; en el último, las citas de los versos de Zorrilla y de Calderón (LXX, 4 y 5) nos dan el tono exacto de su estado de ánimo.

comprendido por muchos⁴) no es paz –como la vida tampoco es vida– sin la decencia ni la dignidad necesarias para que así las concibamos (paz y vida verdaderas); pues, la paz, para los antiguos esclavos –que son ahora (después de la Revolución de Octubre del diecisiete, en la vieja y amada Rusia del poeta, y después de las trincheras del treinta y seis) los nuevos constructores del futuro–, no es deseable por sí misma; no, si es la paz de los cementerios, y de la vieja sumisión y esclavitud.

Yo os enseño [...] el amor al prójimo y al distante, al semejante y al diferente, y un amor que exceda un poco al que os profesáis a vosotros mismos, que pudiera ser insuficiente. No diréis [...] que os preparo en modo alguno para la guerra, ni que a ella os azuzo y animo como anticipado jaleador de vuestras hazañas [...]. Mas si la guerra viene, porque no está en vuestra mano evitarla [...], si la guerra viene vosotros también tomaréis partido sin vacilar por los mejores, que nunca serán los que la hayan provocado y al lado de ellos sabréis morir con una elegancia de que nunca serán capaces los hombres de vocación batallona (LVIII, ii).

La guerra –por su enormidad inexcusable– devuelve al arte –y a los artistas (también al pueblo)– el deseo de la verdad, y «los libera del fetiche de la imagen» (a los artistas y al pueblo). En esta guerra, además (que «ya no es guerra civil», sino guerra de clases y de mundos enfrentados; que se ha convertido en el prolegómeno de otra –la misma– guerra, que vendrá y que llegó, en efecto, como culminación y conclusión de aquélla, la nuestra, y asoló Europa y el Pacífico durante cinco años, abriendo un capítulo nuevo del libro de la ignominia)⁵, no importa ganar o perder, sino merecer la victoria, y sólo el «pueblo en lucha» la merece. Debe desear merecerla –eso es, al menos, lo que nos exige el «viejo republicano», desde una exigencia ética extremadamente idealista (él lo sabe).

No hay español [...] que no crea en la profunda eficacia de la moral para la lucha [...], el español no pierde nunca su fe en la victoria, mientras crea merecerla⁶.

Sí, Antonio Machado lo sabe; él mismo se lo dice, sin ambages, a los jóvenes socialistas y comunistas –recién unificados–, pues raramente pretende engañar a nadie (decencia y sinceridad han sido siempre sus divisas); su mirada –teñida de ideales– es la mirada de un hombre que se sabe de antemano «de otro tiempo».

⁴ Antonio Fernández Ferrer, por ejemplo, en su edición (Introducción, p. 49), le endosa al debe de don Antonio Machado su «rechazo del pacifismo»; sin embargo, para el poeta no cabía la menor duda, la paz no es un bien deseable por sí mismo si no está cimentada en la justicia: «El mero hecho de que haya trabajadores parados en la paz, que encuentran, a cambio de sus vidas –claro está– trabajo y sustento en la guerra, en el fondo de las trincheras, en el manejo de los cañones, y en la producción a destajo de máquinas destructoras y gases homicidas, es un lindo tema de reflexión para los pacifistas.» *Mairena póstumo. Desde el mirador de la guerra* (LXXVII), *La Vanguardia*, 3 de mayo de 1938.

⁵ Antonio Machado intuyó muy pronto que la guerra europea que se avecinaba –de la que España sólo era el principio–, promovida y atizada por viejas y nuevas fuerzas asoladoras, aportaría una dimensión nueva y desconocida hasta ese momento en el decurso de los conflictos bélicos... En tal sentido convendría releer la sección titulada: *Sobre la Alemania guerrera* (LV, 10); de donde procede este fragmento: «Algún día Alemania será declarada gran enemiga de la paz, y las tres cuartas partes de nuestro planeta militarán contra ella. Será el día de su victoria definitiva, porque habrá realizado plenamente, poco antes de desaparecer del mapa de los pueblos libres, su ideal bélico, el de su guerra total contra el género humano, sin excluir a los inermes y a los inofensivos...». Extraordinario por su lucidez.

⁶ Del prólogo a *Los españoles en guerra* de Manuel Azaña; en A. Machado, *La Guerra. Escritos: 1936-1939*, cit., p. 314.

Demasiado romántico, por influjo, acaso, de una educación demasiado idealista, me falta simpatía por la idea central del marxismo: me resisto a creer que el factor económico, cuya enorme importancia no desconozco, sea el más esencial de la vida humana y el gran motor de la historia⁷.

Nunca lo ha ocultado, él es un hombre de otro tiempo (es verdad), pero que sabe del flujo dialéctico y único del tiempo –que deviene finalmente tiempo histórico–, y de las fuerzas emergentes y arrolladoras en conflicto: el fascismo, por un lado, y el socialismo, por el otro; y –¿en medio?– las oligarquías y los gobiernos «democráticos» y «liberales» –sordos a la voluntad de sus respectivos pueblos– pretendiendo el dudoso papel de árbitros miedosos y parciales, destinados –como la fallida Sociedad de Naciones– al cubo de basura de la historia...

[Sobre el porvenir militar del mundo] Algún día –decía mi maestro– se acabarán las guerras entre naciones. Dará fin de ellas la táctica oblicua de la lucha de clase, cuando los preparados a pelear de frente tengan que pelear de frente y de costado (LV, 8).

Por eso, la única esperanza –la sola ayuda que el pueblo en lucha debe esperar– viene de los voluntarios internacionales –ellos, también, pueblo en lucha, como el español– que han llegado de todas las partes del mundo a defender la causa de todos; y de los trabajadores de América, de Europa, de Australia, que gritan a sus Gobiernos en las calles: ¡*Armas para España!*⁸... Pero, sobre todo, la esperanza viene de Rusia, único –y paradójico– refugio del Cristo, arrojado a la historia y huido de la Roma vaticana y corrupta:

Roma es un poder del Occidente pragmático, un poder contra el Cristo [...]; cuando triunfe Moscú, no lo dudéis, habrá triunfado el Cristo (LXIV, xii).

Puesto que cuando las democracias liberales nos han abandonado y el sistema en que se sustenta –el capitalismo– se derrumba ante nuestros ojos, sólo la Rusia revolucionaria y crítica, la patria –idealizada– de «todos los amantes de la libertad y de la cultura»⁹, de todos los pueblos del mundo, puede defendernos de la barbarie fascista.

Aceptada la tesis [que el capitalismo se derrumba], ¿cómo no admitir la implacable lógica revolucionaria de Stalin? De aquello que se desmorona hay que esperar lo todo menos una transformación; porque si fuera capaz de transformarse, claro está que de ningún modo se desmoronaría. Substituir, construir y ayudar a caer: tal es lo esencialmente revolucionario para Stalin. La historia de todas las revoluciones le da la razón ampliamente [...]. En cuanto a la dictadura del proletariado, ¿por qué nos asustan tanto las palabras? Si el barco necesita nueva tripulación y nuevos capitanes,

⁷ *Discurso a las Juventudes Socialistas Unificadas*, en A. Machado, *La Guerra. Escritos: 1936-1939*, cit., pp. 102-105.

⁸ *Palabras [de despedida] a los voluntarios extranjeros*: «Cuanto hay de trágico en la gesta española de nuestros días culmina en el hecho de que hayan de abandonarnos nuestros mejores amigos, los hombres abnegados y generosos... / ... que han combatido por un ideal de justicia y por la España auténtica, frente a los traidores de nuestra casa y a los mercenarios y serviles, obedientes a la perfidia reaccionaria de dentro y a las iniquidades codiciosas de fuera...». *Ibid.*, pp. 280-81.

⁹ A. Machado, *Lo que hubiera dicho Juan de Mairena en 1937*: «La Rusia actual, que celebra el primer centenario de la muerte de Pushkin, es tan grande como el poeta la había soñado. Y toda ella dice hoy: ¡Nuestro Pushkin! Y con Rusia, lo decimos todos los amantes de la libertad y de la cultura: ¡Nuestro Pushkin!» (LX, 5).

¿por qué no reclutarlos en el mundo del trabajo, cuando el del capital es –por definición aceptada– el de las viejas ratas que corroen la nave? La lógica sigue siempre del lado de Stalin. ¿La lógica nada más? ¡Ah! Yo no soy más que un aprendiz de sofística, en el mejor sentido de la palabra.

En verdad –hubiera concluido Juan de Mairena, al margen ya de sus lecturas– que no son las palabras lo que más asusta, sino ciertas imágenes groseras que en muchas cabezas suelen sustituir a las ideas... (LXVII, iv).

¿Por qué Machado, que ilustra de modo tan certero el orden burgués –*capitalista*–; de una forma que muchos de sus compañeros y amigos de *Hora de España* no son capaces de hacer, muestra, en cambio, esa *ceguera* ante Stalin y el mundo soviético? ¿Por qué se mantuvo en silencio ante el asesinato de Andreu Nin y los procesos de 1937? La respuesta más plausible a estas preguntas es exactamente la misma que explicaría –y explica– por qué paró prácticamente su producción poética durante la guerra: fue su sentido del *compromiso* y de *fidelidad* a los «ideales republicanos»; fue su *tradicional* concepto «jacobino» –y pequeño burgués– de la República; pues, si analizamos con detenimiento tanto sus intervenciones públicas como sus escritos de estos años (de un modo más notorio en sus entrevistas y en sus intervenciones «propagandísticas», pero también en sus artículos más estilizados y *literarios* –como son los de la serie de Juan de Mairena en *Hora de España*–), por la amenazada supervivencia de la República –su República–, Antonio Machado acaba por asumir de modo práctico –e incluso teórico– las dos tesis principales del Partido Comunista sobre el objetivo central de la guerra: lo primero es ganarla, y para ello no se debe producir la menor fisura entre «nosotros», los amigos y defensores de la República; luego ya veremos. Era la supervivencia de la República lo único que motivaba su acción pública y su producción literaria.

Respeto todas las ideologías en quienes sinceramente las profesan. Pero de ningún modo puedo simpatizar con campañas políticas que pretendan mermar el prestigio del Gobierno actual, porque, como he dicho más de una vez, vivimos en días de guerra y de tormenta, y, en estos días, los capitanes y pilotos, cuando están en sus puestos, deben ser sagrados¹⁰.

Sobre la actualidad de Antonio Machado [sólo un botón de muestra]

En el último de los artículos publicados en *Hora de España*, el número LXX de la serie, Machado deja escrito lo siguiente:

No debéis olvidar que lo verdaderamente taumatúrgico –obrador del portentoso– consiste en hacerse comprender por las piedras de la calle...

Y, a fe, que el poeta lo consiguió; porque no sólo los «jóvenes» del 27, a los que tanto estimaba (en ellos había vislumbrado el futuro posible de una poesía y una España al fin despiertas, recobradas del largo sopor –y de la inacabable siesta– de la historia), o la inmensa mayoría de

¹⁰ Este es el punto *cuarto* y último de la nota publicada en *Frente Rojo*, el 17 de julio de 1937 (*Sobre la disolución de la Casa de la Cultura*), tras el cierre temporal de la Casa de la Cultura en Valencia –de la que él mismo era presidente– ordenado por el Ministerio de Instrucción Pública, *capitanado* entonces por Jesús Hernández, del Partido Comunista. Véase A. Machado, *La Guerra. Escritos: 1936-1939*, cit., pp. 117-118.

los artistas e intelectuales que defendieron el sueño de una cultura para todos, de una cultura despojada –por fin, también– del prejuicio castizo y «aristocrático» –pues de todos es sabido que la verdadera aristocracia en España, tal como afirmaban sus maestros, es la gente común y laboriosa–; no sólo ellos comprendían lo que Mairena –y Machado– les decía; también el pueblo entendía; también los trabajadores empujados a la milicia, constructores orgullosos y esperanzados de sus destinos –esa gente común, «elemental» y anónima, que se resiste a ser *masa* informe e indeterminada¹¹–; ellos también comprendían perfectamente lo que aquel viejo poeta les repetía en sus escritos de la prensa diaria, en los pasquines de propaganda, en la cartilla del Socorro Rojo o en sus alocuciones radiadas desde Madrid, Valencia o Barcelona; pues, en efecto, le entendían hasta las piedras.

Yo siento mucho no haber meditado bastante sobre política. Pertenezco a una generación que se llamó a sí misma apolítica, que cometió el grave error de no ver sino un aspecto negativo de la política, de ignorar que la política podía ser algún día una actividad esencialísima, de vida o muerte, para nuestra patria [...]. Cábeme [sin embargo] la profunda satisfacción de no haber sido totalmente recusado en mi vejez por los pecados de mi juventud, de que todavía se quiera escuchar mi voz, cuando tantas otras, justamente autorizadas, tienen la palabra¹²...

Y en la memoria del pueblo permaneció... En las canciones y en los poemas aprendidos de memoria, en la bruma del mito y de la leyenda de un hombre bueno –en el buen sentido de la palabra– enterrado en un pueblecito francés, que en las tardes del largo invierno franquista venía a entonar con su pueblo la tabla de multiplicar –cansinamente–.

Pero fue, sin duda, la combativa y lúcida ceguera del viejo militante republicano, dando su última batalla, y su apertura hacia lo nuevo –a lo que viene del otro, o de lo otro¹³–, su honesta humildad intelectual (virtudes que, según todos los indicios y testimonios, le adornaron desde el principio como persona y como poeta), lo que le permitieron a Antonio Machado entrar –con armas y equipaje– en el siglo veinte, y alcanzar –tanto léxica como conceptualmente (a pesar del lastre ideológico y «generacional» que soporta)– una «contemporaneidad» –una actualidad, en suma– que se le escapa al resto de su generación, y a destacados miembros de otras más cercanas a nosotros.

Al releer sus escritos, he creído percibir rastros de conceptos tan actuales como el de «biopolítica», «multitud» o «bloque oligárquico» (manejados –entre otros– por intelectuales críticos de la talla de Toni Negri y Michael Hardt, para analizar las sociedades capitalistas avanzadas, o por historiadores como Tuñón de Lara, cuando describen las clases sociales durante el periodo de la Restauración borbónica), en sus ideas de *pueblo* y de *compromiso republicano*, o en su definición del *señoritismo* y de *los señoritos* –como clase–, o en su crítica a los *fundamentos eco-*

¹¹ En una entrevista hecha al poeta por Alardo Prats para el diario *El Sol*, de Madrid, y publicada el nueve de noviembre de 1934 (citada en A. Machado, *La Guerra. Escritos: 1936-1939*, cit., pp. 11-12), hablando de los beneficios que el acceso generalizado a la cultura producirá en el pueblo, Antonio Machado contesta lo siguiente: «lo que las masas buscan –con el disfrute de la cultura– es no ser masas en el sentido que se le da a ese nombre. Y lo conseguirán».

¹² *Glosario de los trece fines de la guerra: punto XII, ibid.*, pp. 288-292.

¹³ Actitud que ya señalé al analizar dos de los poemas más conocidos dedicados al río Duero (en *Verba Hispanica III*, Ljubljana, 1993, pp. 37-45), y que le permite evolucionar y progresar de continuo, de dentro hacia fuera, y transitar desde la subjetividad simbolista –modernista–, centrada en las galerías interiores del poeta, en la imagen y en el paisaje como íntima construcción poética, esencialmente ahistórica; hasta la contundente objetividad del tiempo y de los fenómenos –*reales*– históricos.

nomicistas del marxismo... O en aquellos que giran en torno a las ideas del «vaciamiento», de la alienación y de la «anulación del sentido», implícitos en sus denuncias del riesgo de aturdimiento generalizado –en las sociedades tecnificadas– a causa de la exaltación indiscriminada del *ruido* y del *movimiento*, o por la obsesiva mistificación del trabajo y de la «tecnocinética»... O en los relacionados con las corrientes pedagógicas *constructivistas* y *significativas*, que anidan en la práctica *maireniana* –si cabe decirlo así– del proceso de enseñanza y aprendizaje... No estaría de más (pero ello sobrepasa la finalidad de este trabajo) analizar de nuevo su rechazo del cinematógrafo o del fonógrafo –y de toda la papanatería técnica– a la luz de determinados pasajes de la obra de Slavoj Zizek, por ejemplo.

Permítaseme, para finalizar –y con el fin de mostrar la vigencia de don Antonio–, aportar sólo un botón de muestra –de mañana mismo–; pues entre los artículos que se sumarán, en la revista digital de arte y pensamiento críticos YOUKALI (n.º 1), de abril de 2006¹⁴, al debate iniciado por el poeta Antonio Orihuela acerca del realismo y de la función de la crítica en las actuales sociedades del capitalismo de consumo (a raíz de un artículo de Juan Miguel López Merino sobre la obra de Roger Wolfe en la revista digital *Especulo* [UCM]), hay uno del Grupo Arbeit, titulado *Fugitivos del país de Jauja (y II)*, que finaliza de este modo:

Recuperar la cordura y despertar. No perder de vista la diferencia intrínseca de cada cosa y potenciar la capacidad transformadora de cada cual [...]. Olvidar las necesidades creadas, publicitadas [...]. Reconocer los límites, explorarlos, acatarlos. No medirnos: abandonar el torneo, la contienda, para empezar de veras a librar la lucha. Recobrar nuestras manos para modelar, acariciar o abofetear la insulsa y babosa cara de Narciso. Olvidar el saber-erudición y emprender el conocimiento búsqueda. Entre lo uno y lo otro buscar siempre el tercero (supuestamente) excluido. En definitiva vivir, convivir; no ser vividos.

V

Entre el dormir y el soñar
hay una tercera cosa.
Adivínala.

XXXV

Ya maduré un nuevo cero,
que tendrá su devoción:
un ente de acción han huero
como un ente de razón.

LIII

Tras el vivir y el soñar,
está lo que más importa:
despertar.

Copyright.

Los tres poemas finales son de A. Machado.

¹⁴ En [www.tierradenadieediciones.com].

Los tres poemas finales y –habría que añadir– la paráfrasis del entero pensamiento machadiano en que se sustenta la conclusión misma del artículo... Muy pocas de las principales líneas de fuerza de las respectivas trayectorias intelectuales de los miembros de su generación –la del noventa y ocho–; salvo, tal vez, los casos de Valle Inclán –en relación con el arte dramático–, y de Unamuno –por algunas de sus intuiciones «filosóficas»–, mantienen la actualidad de las principales intuiciones, de las líneas de pensamiento o del valor simbólico de la obra y de la figura de Antonio Machado; capaces todavía de fundamentar y dar cobertura a los razonamientos de un joven colectivo crítico implicado hasta las cejas en el debate teórico e ideológico sobre la naturaleza y el sentido de las prácticas artísticas, y de la crítica, en nuestros días.

«Hemos perdido la guerra. Pero humanamente, no estoy tan seguro... Quizá la hemos ganado»¹⁵, afirma don Antonio, en una entrevista con Ehrenburg, poco antes del final; más de setenta años después, si miramos a nuestro alrededor, acaso tuviese razón. O no [remataría, con calculada malicia, su maestro Mairena].

¹⁵ «Entrevista con Iliá Ehrenburg», diciembre de 1938, en A. Machado, *La Guerra. Escritos: 1936-1939*, cit., pp. 355-356.